

# LAS CAUSAS DEL DESARROLLO ECONOMICO DESIGUAL EN LA EUROPA MODERNA. EN TORNO A LA PROBLEMATICA DE LA PERIFERIZACION

Jerzy TOPOLSKI  
Universidad de Poznam

Quisiera abordar algunos problemas teóricos y generales que se deducen del estudio empírico comparativo concerniente a diferentes territorios de la Europa moderna desde el punto de vista de su desarrollo económico y del nivel de ese desarrollo. Para empezar, es preciso decir que desde la época neolítica, en la que aparece la agricultura, el desarrollo económico del mundo ha sido más o menos diferenciado y desigual, cualesquiera que sean los índices que utilicemos para medirlo. Algunas zonas se distinguieron muy tempranamente por un crecimiento rápido mientras que otras atravesaban períodos de estancamiento y hasta de regresión. El fenómeno, que acompaña prácticamente toda la historia económica del mundo, no puede utilizarse en la conceptualización histórica como elemento suficientemente justificado sin estudiar antes sus causas.

Desde este punto de vista, se pueden distinguir diferentes tipos de desarrollo económico desigual. El criterio de clasificación concierne a la naturaleza de las causas responsables del proceso de diferenciación. Se podían señalar dos pares opuestos a ellas: locales y generales, económicas y no económicas. Las locales son las que sólo afectan a un territorio concreto, por lo que explican por sí solas su ascenso o su decadencia económica; las generales, por el contrario, conciernen a áreas más extensas y

suelen provocar la aparición o la profundización de diferencias entre las diversas regiones comprendidas en ellas. Es evidente que las primeras pueden cambiar al mismo tiempo que la estructura económica del territorio que engloba a la localidad, y, en consecuencia, dicho cambio podría elevar su nivel de desarrollo relativo, incluso en las zonas donde hasta entonces no se hubiese incrementado el ritmo de crecimiento.

En nuestra opinión, se pueden establecer hasta cuatro tipos de desarrollo económico desigual:

1. Causado por factores no económicos locales.
2. Causado por factores económicos locales.
3. Causado por factores no económicos generales.
4. Causado por factores económicos generales.

Un ejemplo de la situación de tipo 1 sería la destrucción de un país por agitaciones políticas o guerras civiles, mientras que la ralentización de la vida económica por la fiscalidad presentará un caso del tipo 2. El crecimiento debido a la inmigración de artesanos expulsados de otro país es un ejemplo del tipo 3, mientras que la desigualdad provocada por procesos que abarcan a toda Europa lo sería del 4. En este último caso, ciertos países pueden ya adelantar a otros.

Este proceso de diferenciación podría estar unido a la aparición de fenómenos de dependencia en algunas

áreas. Sería posible, pues, distinguir en los tipos 3 y 4 las situaciones diversas o subtipos, según que dicha diferenciación genere o no dependencia económica. Por lo mismo, la marginalización de un territorio con respecto a otros puede relacionarse o no con la dependencia en cuestión, como sucede en la explotación colonial, que contribuye al desarrollo económico del país colonizador pero a la vez frena el del colonizado. En el caso de la marginalización —o periferización— sin dependencia sólo puede hablarse de desarrollo desigual si, por medio de mecanismos de varios tipos, determinados territorios se convierten en periferias de otros, que a su vez se constituyen en centro económico o semiperiferia. Normalmente, pues, la periferización de ciertas áreas va a la par con su relación de dependencia respecto a un centro: estamos ante el fenómeno de periferización *stricto sensu*.

## II

Las nociones de centro, periferia, marginalización y periferización son muy útiles para la conceptualización en historia económica, pero con la condición de que tomen como referencia una reflexión teórica más general y de que se apoyen suficientemente en la investigación empírica. Si no se respetan ambos supuestos, se corre el riesgo de elaborar modelos que deformen la realidad histórica en lugar de explicarla y hacerla comprensible.

Por esta razón me parece que el análisis del desarrollo económico de la Europa moderna a partir del siglo XVI, por medio del modelo propuesto por Wallerstein<sup>1</sup> y sus inspiradores (la economía-mundo), deforma gravemente la interpretación de ese desarrollo. Dicho modelo, basado en la teorización sobre una situación característica del siglo XX —y más precisamente del período posterior a la segunda guerra mundial—, se extrapola al pasado sin tener en cuenta los cambios acaecidos en el transcurso de los siglos. A partir de él se crea una economía mundial imaginaria, surgida ya en el XVI, consolidada en el XVII y lo suficientemente ligada a los factores internos para que se pueda hablar de un proceso de este tipo en la época preindustrial. En la economía-mundo hay un centro económico y unos territorios subordinados que alimentan su economía por medio de la transferencia del excedente, vía comercio internacional. Surge así, pues, la periferia y la semiperiferia (si decidimos aceptar esta última noción).

Por tanto, el modelo de Wallerstein supone que los mecanismos del comercio exterior generaron, ya a partir del XVI, una diferenciación económica del mundo o, más exactamente, la aparición de desigualdades caracterizadas por la existencia de relaciones de dependencia.

Estamos, pues, ante un subtipo de nuestro tipo 4. Se trata de un caso de desarrollo económico desigual, con aparición de dependencias económicas debidas a factores generales, que en este ejemplo consisten en el indicado comercio internacional. Pero al aplicar este modelo a la época preindustrial no se tiene en cuenta la transición del feudalismo al capitalismo en Europa, proceso largo y difícil que se prolonga durante varios siglos. Iniciado en el XVI, no se acaba hasta el XIX —y no completamente—, mientras que según Wallerstein el capitalismo empieza a desarrollarse desde que hay explotación de la periferia por el centro a través de los cambios internacionales. Para él el siglo XVI presenta ya el pleno desarrollo capitalista no sólo en Europa occidental sino también en la del Este.

Sin embargo, es bien sabido que en esta última parte de Europa las grandes reformas agrarias no se dieron hasta el siglo XIX, y sólo entonces, al abolirse la propiedad feudal de la tierra, se crearon las condiciones necesarias para el desarrollo del capitalismo. Por otra parte, tras el crecimiento económico del XVI tuvo lugar un proceso de refeudalización, especialmente en los territorios situados al este del Elba. Según la concepción de Wallerstein, por el contrario, el siglo XVI es ya el siglo del capitalismo tanto en Europa occidental y oriental como en el Atlántico español y portugués, es decir, tanto en el centro como en la semiperiferia y en la periferia.

En esta concepción el paso al capitalismo se verificó gracias a cambios fundamentales en el comercio internacional, consistentes en la aparición de una nueva división internacional del trabajo, caracterizada por una especialización de las producciones. Ello supuso, a la vez, la aparición de una red de relaciones comerciales que por medio del mercado internacional aseguraban a ciertos territorios una posición privilegiada y dominante, mientras que impedían el desarrollo económico de otros. El mecanismo de esta diferenciación se apoyaba en la explotación, a través de los cambios (el juego exportaciones-importaciones), de un grupo de países por otros. Europa occidental se convierte así en el centro.

## III

La aplicación de este modelo a la Europa moderna (y, por tanto, anterior al siglo XIX) lleva a una deformación profunda de la imagen de su vida económica. En mi opinión, el problema de la periferización en el interior de la economía europea es mucho más rico que la imagen sugerida por el factor de la desigualdad de los cambios. Las relaciones de dependencia o de subordinación debidas al comercio internacional sólo conciernen entre los siglos

XVI-XVIII a aspectos superficiales o a sectores limitados de la vida económica en los distintos países y regiones. La economía de subsistencia — mayoritaria en esa época— tenía contactos muy restringidos con el mercado. Los cambios internacionales y locales, que aumentaron visiblemente a partir del XVI, comenzaron a partir de entonces a penetrar más profundamente la realidad económica y social, así como en la vida cotidiana de las gentes, pero no podían transformar las estructuras antiguas basadas en la economía natural.

Sólo en este sentido de apertura del proceso se podría hablar de economía-mundo o de mercado mundial. Estamos ante el inicio de un incremento de las interdependencias y relaciones recíprocas en la vida económica, pero su auténtica intensificación no tendrá lugar hasta la segunda mitad del XIX. En el XVI, y aun en los siglos posteriores, los contactos económicos mundiales y sus efectos en la vida económica de los territorios particulares eran demasiado débiles y limitados para que pudieran producir la explotación capitalista de áreas determinadas por el simple incremento de los intercambios internacionales.

¿Qué modelos, pues, podrían ayudarnos a explicar el desarrollo de las desigualdades económicas europeas y el proceso de periferización de algunos de sus países a partir del XVI? En mi opinión es necesario considerar los modelos indicados en la primera parte de este análisis, que, en realidad, se interpenetran. Es decir, hay que recurrir a los modelos de desarrollo desigual generados a su vez por los factores económicos locales y generales, así como por los no-económicos locales e internacionales. A través de este mosaico de situaciones, dichos modelos explican la desigualdad económica de los territorios, sin referencia a las relaciones de dependencia o de subordinación. Pensamos, por consiguiente, que el desarrollo desigual de la Europa moderna se explica ante todo por la combinación de factores económicos y no económicos que produjeron el aumento de las diferencias entre los diversos países y regiones, sin crear forzosamente lazos de dependencia. Esto no significa que se eliminen del análisis todas las huellas o procesos de subordinación económica — o de explotación — entre los distintos territorios. Se trata solamente de señalar que esta última relación no es la dominante. Por el contrario, lo era la marginalización y, por consiguiente, la periferización sin subordinación, basada en antiguas desigualdades existentes antes del XVI y profundizadas, eliminadas, provocadas o atenuadas por la influencia de los factores que entraron en juego a partir de la indicada centuria.

Desde este punto de vista, es necesario distinguir la periferización del espacio europeo principal, es decir, la

división general de este espacio, y la periferización relativa, es decir, el proceso de desarrollo económico desigual, en el interior de territorios o de áreas particulares. A la vez, debemos señalar que, según este razonamiento, la noción de centro no es útil para la conceptualización de la historia económica de la Europa moderna; por el contrario, confunde la imagen de la realidad de esta época. Periferias y territorios más evolucionados, sí, centro explotador de periferias, no. La realidad fue, como se ha indicado, mucho más compleja y, sobre todo, mucho más saturada por elementos feudales. La economía nacional de los diversos países era todavía preponderantemente natural y las transferencias de beneficios del comercio internacional eran demasiado débiles para que generasen relaciones de subordinación que abarcasen grandes territorios.

#### IV

Durante el siglo XVI Europa atravesó un período de crecimiento, independientemente de las diferentes estructuras económicas-sociales de los distintos territorios. Dicho crecimiento benefició también a Europa central y oriental, salvo a las regiones afectadas por factores locales nefastos para la vida económica, como, por ejemplo, guerras o agitaciones internas. Sin embargo, el mismo siglo XVI fue testigo de un gran proceso económico y social que cambió la imagen económica de Europa al este del Elba. Se trata de la aparición y desarrollo del sistema de reserva — grandes explotaciones — de los señores, basado en la corvea de campesinos sometidos a la servidumbre. La corvea reforzaba a esta última y frenaba el desarrollo de la explotación campesina. Así tuvo lugar el paso de un sistema basado, como en Europa occidental, en la existencia de la explotación campesina relativamente independiente y gravada con una detracción en dinero o en especie, al sistema corveable, que constituía una forma de feudalismo más alejada del capitalismo que la precedente. Ello supuso la aparición de un proceso de refeudalización que dividió a Europa en dos zonas, al este y al oeste del Elba. Sin lugar a dudas, este dualismo puede considerarse como la manifestación más significativa del desarrollo desigual en la Europa del XVI.

¿Cómo explicar este fenómeno que frenó el avance del capitalismo en Europa central y oriental y, a la vez, sumergió a algunos de sus territorios, a través de una prolongada crisis, en la regresión económica?

Tres factores fueron necesarios y a la vez suficientes para que se consolidara el sistema de reservas:

1. La posibilidad de colocar su producción agrícola en el mercado interior o exterior.

2. La disponibilidad de mano de obra.
3. Las condiciones naturales, favorables al cultivo de cereales y a la ganadería.

De los tres, es el primero el que requiere un análisis más detallado. Parece obvio que la demanda interna y externa estimulaba la producción ya que, por otra parte, los términos de intercambio favorecerían a los vendedores debido a la revolución de precios<sup>2</sup>.

Hasta hace no mucho tiempo al hablar de mercado se pensaba sobre todo en el exterior. La relación con la segunda servidumbre de la gleba en Europa central y oriental constituye el punto de partida para la formulación de la teoría colonial, elaborada por un buen número de historiadores como M. Malowist, S. D. Skazkin, H. H. Stahl, I. Wallerstein, P. Kriedte y otros. Según dicha teoría, la aparición del dualismo seilalado en la Europa moderna se debería a la explotación de Europa central y oriental por la occidental, que se encontraba en una fase más avanzada de la evolución hacia el capitalismo y que habría generado una situación de dependencia colonial o cuasi-colonial<sup>3</sup>.

Siguiendo la tesis de Wallerstein, esta dependencia tuvo lugar en el interior de un mundo ya capitalista, puesto que para él el paso hacia el sistema corveable significaba igualmente el paso hacia el capitalismo. En el contexto de la teoría colonial, los mecanismos del comercio exterior —sobre todo las exportaciones de trigo— empujaron a los países de Europa central y oriental no sólo hacia el estadio de colonia económica de Occidente, sino también hacia un proceso de regresión.

Comencé a criticar esta concepción hace más de diez años<sup>4</sup>. Y, desde entonces, el número de partidarios de la teoría que podríamos denominar anti-colonial ha aumentado. El último hito de tal evolución es el reciente artículo de Holm Sundhausen<sup>5</sup>.

Los argumentos de los partidarios de la nueva interpretación pueden resumirse de la manera siguiente: no fue el comercio internacional el responsable de la aparición y desarrollo del sistema corveable y de la regresión económica, sino los procesos internos de los países de Europa central y oriental, los cuales sentaron las bases para el incremento de los contactos comerciales entre las dos partes de Europa y dieron a los participantes occidentales beneficios considerables. En este sentido, puede consultarse mi libro *El nacimiento del capitalismo en Europa, siglos XIV-XVI*<sup>6</sup>.

En dicho texto he intentado demostrar que el proceso en cuestión no fue una manifestación de las particularidades europeas al este y al oeste del Elba, sino, ante todo, el resultado de la actividad económica de la nobleza

europea, desarrollada como respuesta defensiva a la baja de las rentas, visible ya en los últimos siglos de la Edad Media. Tal actitud es general en Europa, y con ella se relacionan también las enclosures y la expansión colonial **española** o portuguesa. Por tanto, el desarrollo de la reserva señorial basada en la corvea se convierte en un elemento del mismo proceso general.

Las formas que presenta la actividad económica de la nobleza dependen de muchos factores. Así, las condiciones naturales (posición geográfica, clima, caracteres del terreno, etc.), la situación de la mano de obra (ligada a la evolución de la servidumbre desde fines de la Edad Media) y las posibilidades de colocación en el mercado para la producción resultante de esta actividad acrecentada.

En el caso inglés fue necesario buscar sistemas que no exigiesen una mano de obra numerosa, mientras que en Polonia este factor no limitaba las formas de actividad puesto que la servidumbre seguía existiendo a comienzos del XVI, aunque atenuada. La diversidad de situaciones produjo, lógicamente, resultados diferentes: en Inglaterra se desarrolló la ganadería ovina para la producción de lana con destino a la industria local; en Polonia, la producción de trigo para el mercado interior y exterior.

Se observa, pues, que la nobleza utilizaba para sus fines las posibilidades comerciales pero sin estar condicionada por ellas. En ningún momento tuvo conciencia de ser dependiente de los mercaderes occidentales, ya que pensaba que alimentaba a Europa occidental. En la historiografía polaca esta actitud se conoce con el nombre de dogma del granero (Polonia, granero de Europa occidental).

La investigación llevada a cabo en los últimos años ha establecido el auténtico volumen de las exportaciones en la zona báltica y en Polonia y ha construido el modelo de la reserva corveable. Según estimaciones hechas por A. Wyczanski y por mí, sólo se exportaba en el XVI un **5%** aproximadamente de la producción global neta de cereales y un **15%** de la producción cerealera comercializable<sup>7</sup>. Por lo menos un **30%** de los granos vendidos en los puertos bálticos no salían de la zona y los que lo hacían sólo representaban, a fines del XVI, el **17%** del volumen total de granos comercializable (sobre todo, centeno y trigo). Las reservas exportaban aproximadamente un **25%** de su producción (a escala del país, pero sin contar las tierras de Ucrania y el Gran Ducado de Lituania), mientras que un **75%** de ésta iba al mercado local. Es preciso, además, tener en cuenta que los campesinos producían aproximadamente un **75%** de la cosecha total de cereales. La demanda generada por la población urbana no agraria sobrepasaba en los territorios de la Polonia étnica las

165.000 Tm por año en el siglo XVI, lo que significaba que el mercado interior dejaba a los propietarios de las reservas la posibilidad de aumentar la producción sin recurrir a la exportación. Ahadamos, para completar la imagen, que las explotaciones campesinas disponían del 75% de las vacas, el 85-95% de los bueyes y el 85% del porcino; de ahí la superioridad campesina en el mercado de animales, a excepción de los corderos y de los criaderos de pescado, propios de las reservas pero destinados al mercado interior.

Es preciso también tomar en consideración que entre los modelos de reserva no era la señorial ligada al mercado exterior la que dominaba en los países de Europa central y oriental. En Polonia, por ejemplo, la exportación del trigo no era rentable en la mayoría de las reservas a causa del coste de los transportes y de que había que tener en cuenta la pérdida de jornadas de la corvea.

En relación a la demanda global de cereales existente en Europa occidental, las cantidades que venían de Europa central y oriental fueron más bien marginales. Además, Inglaterra, país principal del centro wallersteiniano, no tenía necesidad de ese trigo. El capitalismo inglés, el primero de Europa, se desarrollaba sin la transferencia de excedentes, es decir, sin el factor que se considera esencial para el desarrollo del capitalismo en el modelo de la economía-mundo. El trigo que venía de la región báltica (en el XVI y en la primera mitad del XVII) podía satisfacer aproximadamente las necesidades de 750.000 personas, lo que representaba menos del 1% de la población global de Europa occidental —unos 104 millones—. D. Glamann afirma que hasta en Amsterdam las compras de trigo de la zona báltica fueron marginales. Cuando en los años 1655-1660 esas entregas no pudieron efectuarse, a causa de la invasión sueca de Polonia, Amsterdam era capaz sin gran esfuerzo de colmar el vacío<sup>8</sup>. Ello confirma la constatación de María Bogucka, según la cual las compras de trigo en los puertos bálticos por los comerciantes occidentales —sobre todo holandeses— tenían esencialmente un carácter especulativo.

## V

La situación económica de Europa en el siglo XVII debe ser contemplada como la consecuencia del desarrollo, la profundización y, en algunos casos, la deformación de las relaciones formadas en el XVI.

El crecimiento de la actividad económica de la nobleza en el XVI aseguró a los nobles, en tanto que clase (es decir, a la nobleza «nueva»), un aumento de sus rentas, o, dicho de otra manera, una nueva posición en el proceso de reparto de la renta nacional. Ello significaba la in-

versión de la situación a la que se había llegado en la Edad Media, caracterizada por la disminución relativa de la participación de la nobleza en este reparto. El éxito del colectivo fue más visible en los países del este del Elba, donde las relaciones feudales a comienzos del XVI eran mucho más fuertes que en los del oeste, lo que no significa que el resultado fuese igualmente feliz para la economía global de los países implicados. Las consecuencias de la actividad económica de la nobleza fueron diferentes según las formas adoptadas por ella, o, más precisamente, según su impacto en la iniciativa productiva y económica en general, de las demás clases sociales. Sólo en los países donde no llegaron a bloquearse ambas se mantuvo el crecimiento económico y se desarrollaron los elementos del capitalismo. Pero en Polonia el asalto nobiliario consiguió frenar la actividad de las ciudades y de los campesinos.

En general, podemos decir que en el siglo XVII Europa atravesaba todavía un período de crecimiento. Pese a ello, aparecen ya desproporciones cada vez más importantes entre los niveles de desarrollo de sus diversos territorios, debido fundamentalmente a las consecuencias de las iniciativas económicas de la nobleza. Esta clase social, a su vez, experimentaba un doble proceso de aristocratización, y, a la vez, de pauperización de sus capas inferiores. Así, mientras que unas regiones se benefician de un fuerte crecimiento, en otras es débil e incluso empieza a entereverse el estancamiento o la regresión.

Podrían distinguirse hasta tres categorías de países desde el punto de vista de los indicados niveles de desarrollo, midiéndolos por medio de índices referentes a la producción —tanto global como por cabeza— y al dinamismo de las inversiones<sup>10</sup>. El primer grupo comprende los que presentan un crecimiento mayor: Inglaterra y los Países Bajos. Pero incluso entre ellos se observa gradualmente cómo la primera adelanta a los segundos, pese a que en este último país la burguesía se había impuesto a la nobleza desde la Baja Edad Media. Parece ser que las transformaciones experimentadas no fueron suficientes para impulsarle con fuerza en la vía del capitalismo; así, el círculo vicioso del feudalismo no se rompió completamente más que en Inglaterra.

En los países del segundo grupo, entre los que se incluye Francia, el dinamismo era menos intenso debido a que estaba frenado por un sistema de relaciones sociales menos favorables para el desarrollo del capitalismo y por unas condiciones menos ventajosas para la inversión. La guerra de los Treinta Años representó un factor adicional, debilitando a las formaciones políticas de esta categoría, pese a que en algunas regiones su influencia fue

positiva desde el punto de vista económico.

Por último, el tercer grupo es el de los países del estancamiento y la regresión. Así, España, Portugal, Turquía, los Balcanes, Polonia y, en cierta medida, Italia. Es decir, grosso modo, la cuenca mediterránea, en la cual la victoria de la nobleza fue completa. Las iniciativas económicas de aquélla, orientadas hacia el sistema de la reserva —Polonia— o hacia la expansión colonial —España o Portugal— bloquearán la actuación productiva de campesinos y burgueses. A la vez, estos territorios fueron objeto de una clara explotación por los países más desarrollados del primer grupo. Por tanto, la única fuente de inversión era la acumulación nobiliaria, relativamente débil dada la escasa importancia de ésta en las explotaciones campesinas y en el artesanado.

Se aprecia, pues, fácilmente, que el desarrollo económico desigual, más pronunciado en el siglo XVII que en el XVI, se interpreta de manera diferente en las dos tesis: la colonial y la referente a la crisis general del XVII. Las desigualdades económicas de esta última centuria se desarrollaron bajo la influencia de diferentes factores, entre los que destacan los surgidos por la actividad de la nobleza. Aunque existan dependencias económicas de distinto tipo entre los diversos territorios, el ritmo del desarrollo no va a estar determinado por ellas.

En lugar de la tesis sobre la crisis general del XVII, yo propondría una interpretación de las dificultades de esta centuria a partir de la profundización de las desproporciones económicas europeas, acentuadas en ella. El fenómeno no significa necesariamente la existencia de una crisis general, aunque sí la de crisis locales y pasajeras debidas a diferentes causas. La transición del feudalismo al capitalismo puede explicarse tanto por esta concepción como por la crisis general. Pero esta última tiene un grave fallo: no se ajusta a la realidad. Es preciso, pues, analizar el desarrollo del capitalismo europeo —y del proceso de refeudalización— sin recurrir a ella.

## NOTAS

1. I. WALLERSTEIN. *The modern World System: Capitalist Agriculture and the origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. New York-S. Francisco-London, 1974. Hay trad. esp.: *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo en el siglo XVI*. Madrid, Siglo XXI, 1979. Del mismo: *The modern-World System: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1660-1750*. New York-S. Francisco-London, 1986. Hay trad. esp.

En lo que concierne a las reseñas sobre el primero de estos libros merece la pena señalar la de S. L. ENGERMAN-A. DUBUC. *Europa*, vol. I, 1977, pp. 67-88; la de R. CAMERON en *The Journal of Interdisciplinary History*, vol. XII, n.º 2, 1981, pp. 343-345, y un extenso estudio de R. BRENNER: «The origins of capita-

list Development: a critique of Neo-Smithian Marxism». *New Left Revkw.* n.º 1, 1978, pp. 25-92.

2. J. TOPOLSKI: «The Manorial-Serf Economy in Central and Eastern Europe in the 16th and 17th Centuries». *Agricultural History*, vol. XLVIII, n.º 3, julio 1974, pp. 341-352; «Le deuxième servage en Europe Centrale et Orientale depuis la fin du Moyen Age». *Recherches Internationales a la Lumière du Marxisme*, n.º 63-64. París, 1970, pp. 15-46. También los artículos de D. P. SKAZKIN, J. NICHTWEISS, A. OTTETEA y, sobre todo, J. RUTKOWSKI: «La genèse du regime de la corvée dans l'Europe Centrale depuis la fin du Moyen Age.» *La Pologne au VI Congrès International des Sciences Historiques*; Oslo, 1928; Varsovia-Lwow, 1930. Por último, J. BLUM: «The Rise of Serfdom in Eastern Europe». *American Historical Review*, vol. LXII, julio 1957.

3. M. MALOWIST: «The Economic and Social Development of the Baltic Countries from the fifteenth to the seventeenth centuries». *The Economic History Review*, vol. XII, 1959-1960, p. 189; S. D. SKAZKIN: «Osobnye problemy tak nazываемogo «vterogo izdanija krepostnicestva» v srednej i vostochnoj Evrope». *Voprosy Istorii*, 1958; n.º 2, pp. 105-119; P. KRIEDTE: *Spätfeudalismus u. Handelskapital. Grundlinien der europäischen Wirtschaftsgeschichte vom 16. bis zum Ausgang der 18. Jahrhunderts*. Göttinga, 1980.

4. J. TOPOLSKI: «Commerce des denrées agricoles et croissance économique de la zone baltique aux XVI<sup>e</sup> et XVII<sup>e</sup> siècles». *Andes E. S. C.*, n.º 2, 1974, pp. 425-435. Cf. también J. TOPOLSKI: «La régression économique en Pologne du XVI<sup>e</sup> au XVII<sup>e</sup> siècle». *Acta Polonae Historica*, vol. VII, 1962, pp. 28-49.

5. H. SUNDHAUSSEN. «Zur Wechselbeziehung zwischen frühezeitlichen Aussenhandel und Ökonomischer Rückständigkeit in Osteuropa: Eine Auseinandersetzung mit der "Kolonialthese"». *Geschichte und Gesellschaft* n.º 9, 1983, pp. 544-563.

6. J. TOPOLSKI: *Narodzony Kapitalizmu w Europk XIV-XVII Wieku*. Warszawa, 1965. Trad. italiana: *La nascita del capitalismo in Europa. Crisi economica e accumulazione originaria fra XIV e XVII secolo*. Torino, Einaudi, 1979.

7. Cf. A. WYCZANSKI. «Czy chlopom bylo le wolsee w XVI wieku? Est-ce que la situation des paysans polonais au XVI<sup>e</sup> siècle fut-elle mauvaise?». *Kwartalnik Historyczny*, n.º 3, 1978, pp. 629. Cf. También J. TOPOLSKI. «Commerce des denrées agricoles...». Art. cit.

8. K. GLAMANN. *European Trade*, en *The Fontana Economic History of Europe. The Sixteenth and Seventeenth Centuries*. Ed. C. M. CIPOLLA, Glasgow, 1976, pp. 466 y sigs. (hay trad. esp.).

9. M. BOGUCA: *Commerce international de Dantzig dans la seconde moitié du XVI et dans la première moitié du XVII<sup>e</sup> siècle*. Warszawa-Krakow, 1971.

10. Para Polonia, ver J. TOPOLSKI. «Croissance économique de la Pologne du X au XX siècle». *Studia Historiae Economicae*, vol. 2; Poznan, 1968.

11. Sobre los problemas de la transición del feudalismo al capitalismo en Europa, ver la síntesis de M. AYMARD: *La transizione del feudalesimo al capitalismo. Storia d'Italia, Annali I. Dal feudalesimo al capitalismo*. Einaudi. Torino, 1978, pp. 1133-1192.

### A. Nouschi:

Me gustaría hacer algunas observaciones a lo dicho hasta aquí. En primer lugar, me parece que deberíamos ser muy rigurosos con la cronología. El **capitalismo** de los siglos XII y XIII no es el del XVII y aún menos el del XIX o XX. Por consiguiente, la periferización del siglo XII y la del XX no pueden ser colocadas en el mismo plano. Por la misma razón, habría que utilizar con prudencia términos como industria e industrialización.

Mi segunda observación concierne a un problema central en el fenómeno de periferización: el de la decisión y sus autores. ¿Quién decide en el plano financiero, tecnológico, industrial, comercial? ¿Los autores son los mismos o diferentes? ¿Cómo se definen las estrategias?

H. Bresc nos ha dicho que la Sicilia normanda poseía la flota más potente de su época en el Mediterráneo. Pero quien posee la marina tiene en sus manos los dos extremos de la cadena y, por consiguiente, domina los precios y determina el montante de los beneficios. En nuestra investigación será preciso saber quién domina la cadena, sea la época que sea.

Por otra parte, hemos evocado las migraciones, esa transferencia de hombres que supone una desinversión y una hemorragia financiera. Pero, de manera más global, deberíamos seguir en el proceso de periferización la balanza del comercio exterior en todos sus elementos.

Última observación. Nuestro propósito es estudiar cómo se manifiesta la periferización. En este sentido, me parece recusable el término de semiperiferia: creo que debíamos utilizar otra expresión, por ejemplo, la de etapa del centro respecto a las periferias. Refiriéndome a mi propia experiencia, pienso en las ciudades del Maghreb, etapa de las estrategias capitalistas en sus contextos respectivos.

### M. Aymard:

Historiador empirista, me encuentro en la situación de tener que defender aquí a Braudel y a Wallerstein. Como este último habla mucho de Polonia y poco de Sicilia, apenas puede incumbirme y puedo decir que su libro me ha complacido personalmente y me ha aportado mucho.

La periferia es, en primer lugar, una palabra que tiene valor geográfico, independientemente de su valor económico. Esta imagen geográfica implica cierta organización del espacio apoyada en ciertas diferencias al nivel del coste de los productos industriales o agrícolas, las materias primas y los transportes. En el momento en que

el concepto de periferia estaba ya en el aire, nuestros amigos polacos nos citan a viajeros que describen Polonia como un país donde la vida era muy barata a fines del **XVI** mientras que los productos manufacturados eran caros.

Dicho esto, deberíamos plantearnos si el término de intercambio desigual es suficiente: en mi opinión, el de sistema mundial aporta más. El primero permite constatar en un momento dado la existencia de diferencias o de desajustes cronológicos. Pero el segundo introduce una idea positiva que tiene un valor heurístico, del cual aún no hemos extraído todas las consecuencias. De ahí la necesidad de precisar al comienzo del coloquio las posiciones respectivas de cada uno.

La relación centro-periferia corresponde a una jerarquía del espacio, e implica también una jerarquía de las estructuras sociales. El propio Wallerstein ha insistido en los costos diferenciales del trabajo según la localización en el sistema mundial: trabajo libre y asalariado en el centro, dependiente en la semiperiferia y servil o esclavo en la periferia. Pero las estructuras sociales en esta Última tienen una doble función. En primer lugar, asegurar la detracción del excedente: respondiendo al libro de Kula, yo mismo he mostrado que el motor polaco funcionaba mal, ya que proporcionaba un 5% mientras que el siciliano subía a un 30% o 35%, lo que supone un rendimiento energético infinitamente superior, y, en segundo, asegurar la reproducción de la mano de obra.

Se ha hablado también del papel de la decisión. Por supuesto, nadie tiene las manos libres por completo, y todo el mundo, dominantes y dominados, toma decisiones bajo diversas presiones. Sólo que las decisiones no tienen aquí la misma importancia: Sicilia, por ejemplo, puede decidir privar de trigo un año a Génova, pero cuando ésta decide retirar sus capitales de aquella es una desinversión por cien años.

Otro punto a propósito de la introducción de A. Nouschi. Ninguna función de producción o de comercialización procura unas ganancias decisivas: sólo la función financiera asegura el dominio. Por ello el término de etapa, que privilegia en las relaciones una única dirección de arriba a abajo, me parece insuficiente. La noción de semiperiferia tiene, por lo menos, la ventaja de poner en valor las políticas voluntarias de recuperación del atraso por parte de ciertos estados y en ciertas épocas.

Ultimo punto. Nuestro debate estará falseado si nos encerramos en la oposición entre causas endógenas y exógenas. Precisamente la noción de sistema permite integrar los dos tipos de causas en un solo análisis de conjunto.

E. Fernández de Pinedo:

Las teorías de Wallerstein deberían haber chocado y estimulado a la historiografía española, tanto a la de cuño liberal como a la marxista, pues trabajamos en los mismos aspectos aunque con diferente problemática. Esto lo resumiría en dos puntos fundamentales:

El primero, en tanto que Wallerstein afirma que la economía-mundo en la Edad Moderna es capitalista, aunque no hable de relaciones de producción capitalista. Para él la clave está en la recesión de la Baja Edad Media, que provocó una redistribución del excedente en beneficio de los campesinos y, consiguientemente, una crisis en las que llama clases superiores.

Estas, para continuar obteniendo una parte sustancial del excedente, optan por un cambio drástico, y el camino será el establecimiento de un sistema capitalista mundial. Así, el capitalismo aparece como solución para la crisis del feudalismo, y el absolutismo sería un aparato organizado y potenciado de dominación capitalista.

¿Cómo captaba el capitalismo una parte importante del excedente en esa economía-mundo? En el centro de la tesis de Wallerstein aparece la eficiencia productiva como origen del beneficio capitalista, aunque no hable en esos términos. Es el caso holandés, en el que la eficiencia productiva agroindustrial — agricultura intensiva, pesca, nuevas pañerías, etc.— conduce al dominio de la esfera distributiva a nivel mundial, controlando además partidas invisibles, como los transportes, y llegando a ser el centro de buena parte del comercio mundial. Es decir, las innovaciones se situaban en el centro de la acumulación de capital por parte de holandeses e ingleses.

Resulta llamativo la poca crítica suscitada, entre nosotros, a este aspecto, especialmente por parte de la corriente marxista, ya que si el concepto de economía-mundo me parece poco criticable es mucho menos aceptable que fuese capitalista en la Edad Moderna.

El segundo punto se refiere al intercambio desigual entre centro, periferia y semiperiferia. La periferia vende materias primas y compra productos manufacturados. En este marco el siglo **XVII** fue para España de crisis y decadencia, de involución agrícola y desindustrialización.

Wallerstein toma buena parte de su arsenal conceptual de economistas e historiadores del Tercer Mundo como Gunder Frank o Samir Amín, pero para éstos los conceptos de centro y periferia no se pueden desligar de la transferencia de valor de las zonas subdesarrolladas a las desarrolladas por mecanismos como la desigual relación de intercambio existente entre unas y otras. Y este



aspecto está ausente en la obra wallersteiniana.

El monopolio colonial hispano buscaba generar una fuerte desigualdad en los precios, creando una fuente de acumulación. **¿Pero** sucedía lo mismo en los casos **holandeses** e **ingleses**? **¿Es** un síntoma de decadencia en la España moderna? El ejemplo de Cataluña, estudiado por

P. Vilar y Martínez Shaw, pone en tela de juicio un esquema demasiado simplista y extrapolado. Por tanto, hay que introducir matizaciones regionales.

Las tesis de Ricardo no me parecen aceptables en 1980. La pregunta es: **¿LO** eran en **1600**?

## DEPENDENCIAS Y DESARROLLO: SICILIA E ITALIA DEL SUR (S. XI-XVIII)

M. AYMARD

Maison des Sciences de l'Homme

H. BRESC

Universidad de Niza

Este coloquio no habría podido tener lugar hace diez años: le habrían faltado a la vez su título y la problemática que sugiere, que se ha impuesto a los historiadores de la Europa medieval y moderna en el curso de estos últimos diez años. De hecho, desde la crisis que, como la de 1929 para el nacimiento de Annales, ha venido a revolucionar, junto con otros hábitos y certidumbres, nuestra manera de comprender y explicar el desarrollo económico del continente europeo desde los siglos **XII** y **XIII**.

Aunque la mutación ha empezado a dar sus frutos, está lejos de haber concluido. De ahí que no deba sorprendernos el que los historiadores de las periferias de Europa, las del norte, del este y aún más las del sur, hayan sido los primeros en experimentarla y los más profundamente sensibles a ella. De hecho, su existencia no se

impone con la misma claridad a los historiadores comfortable y sólidamente instalados en el centro, es decir, en el área más densamente poblada y rica de Europa, que va desde Inglaterra y los Países Bajos hasta Italia del Norte. Ninguno de ellos siente la necesidad urgente de explicar un conjunto de superioridades que prefieren describir en términos de adelantos, atribuidos a elecciones decisivas y a una acumulación paciente de innovaciones y de sus resultados.

**¿Superioridades** o adelantos?... La historia económica de los años 50 y 60, la de los precios, los cambios a corta y larga distancia, los puertos y las grandes metrópolis, la demografía, la producción y la productividad agrícolas, había hecho suyo el credo común a la historiografía liberal y marxista en un progreso continuo, lineal